pecto, a modo de ilustración, los óleos de Kokoschka *Tres cruces* (paisaje del período 1913-1914) y *Retrato del burgomaestre Max Brauer*, fechado en 1951.

De los pintores posteriores a los ya examinados, poco puede decirse en verdad, si no es que domina la tendencia abstracta y que no hay ninguna personalidad destacada—al menos en la selección expuesta—. Podríamos hacer una excepción acaso con Fritz Winter (nacido en 1905) y Nay (1902), cuyas abstracciones pueden hacer esperar un renacimiento de la pintura alemana a los optimistas.—FRANCISCO PÉREZ NAVARRO.

CALLE MAYOR

Frente a esta película, todos se han dado cuenta de que lo que importa en ella no es la interpretación, ni la técnica, ni la fotografía. Lo que importa es el ambiente captado de una ciudad provinciana. De cualquiera. Lo mismo Palencia que Logroño, Burgos o Cáceres...

En todas las ciudades pequeñas hay una calle Mayor. Hay también una catedral, un río y, además, está el casino, el seminario, la estación, el cabaret... Se puede decir que en todas las ciudades pequeñas hay unos gamberros, un Juan y una Isabel. Pero ellos, en sí, no son nada. Es la ciudad la que los moldea, la que dirige sus actos, su vida entera. Y la ciudad lleva consigo el aburrimiento, la monotonía de los días iguales. Esos días largos y grises que se hacen eternos y que luego no se pueden recordar sino como algo vacío y sin vida. La ciudad es como una vieja solterona que ha abandonado toda esperanza. Por eso tiene el gesto agrio y es cruel. Se ríe de sus víctimas: de los señores que forman su tertulia en el casino, de los gamberros. De Juan. Se ríe de Isabel... A todos, ese ambiente ha hecho que sean lo que son. Es curioso observar la identificación del espíritu de la ciudad con el de sus habitantes. Casi parece que éstos son las piedras de las iglesias y de las casas, mientras que la ciudad cobra por sí sola una vida propia, se hace un ser. Es un ser viejo y anodino que duerme sobre una montaña, como un perro al sol. A veces, la ciudad parece despertar, en los domingos. Los domingos son muy importantes. Al salir de la última misa, se forma el paseo de la mañana. La calle Mayor se llena de gente que da vueltas en los soportales. Se oye un murmullo de conversaciones, roto por risas más o menos broncas, por

adioses continuos. Todos se conocen. El uno habla del otro. Siempre se tiene la sensación de ser mirado. A muchos no les importa. Pero otros sentirán como un ligero malestar en la nuca. Pasará Isabel del brazo de su madre, y las amigas dirán: «Esa ya se queda para vestir santos, la pobre.»

Después del paseo, horas más tarde, está el cine. Sólo suele haber uno, a lo más dos. Pero el que cuenta es el más importante, donde va la «gente bien». Aquí es el «Cinema Moderno». En la sala oscura, todos viajan por dos horas a un país distinto. Ya no viven en aquel pueblo grande. Están en París, en Madrid, en Nueva York... Ese mundo que hay detrás de las montañas y que muchos no van a conocer: en las ciudades provincianas se echan raíces, unas raíces profundas que atan las piernas. A algunos estas raíces los estrangulan, como envenenados por su savia. Claro que es a los menos.

Por ejemplo, Isabel. Y también Juan. Sin duda, si ellos hubieran vivido en una capital, sus destinos hubieran sido muy distintos, sobre todo el de Isabel. Juan no interesa tanto. El es el forastero que trabaja en un Banco y que cuando todo empieza a ahogarle, huye como un cobarde. Sin embargo, Isabel no es su víctima. Isabel sólo es víctima de la ciudad, de ese ser apacible y mezquino que es la ciudad. Esta se vale de Juan, simplemente, y así él resulta otra víctima entre sus frías manos.

Sin embargo, Isabel no comprende esto. Por eso, al final, se queda tras los cristales que dan a la calle Mayor, mirando cómo llueve, pero sin ver más que sus propias lágrimas. Hay mucha diferencia entre el patetismo de este rostro y la risible ridiculez de la señorita de Trévelez. La señorita de Trévelez es difícil que exista. Sólo es una figura de cartón creada para hacer reír. Sin embargo, Isabel existe. Podemos verla en Logroño, en Cuenca, en Soria... Está cosiendo o leyendo junto a la ventana, porque ya tiene treinta y cinco años y está cansada de pasear por la calle Mayor.

Es horrible ver cómo de pronto aquel rostro ni joven ni viejo, ni bonito ni feo, se ilumina y se llena de esperanza. Su felicidad causa desasosiego en el que sabe lo que le aguarda. Es como la ilusión de un niño por una promesa falsa. Vemos a Isabel dichosa, como la ciudad cuando llegan las fiestas. No le importan los alfilerazos de las amigas: «Trabajo te ha costado, hija.» «Casi parecéis de la misma edad...» No le importan entonces estos ecos de la calle Mayor, y pasea otra vez por ella, como había estado haciendo durante tantos años. Pero ahora empieza para ella una vida

nueva. Será como las demás. Tendrá marido, unos niños. Una casa recién construída desde cuyas ventanas se ve la plaza de toros.

En esta misma casa, que nunca va a ocupar, Juan se siente como nunca atormentado por la mentira y la idea del crimen pasa por su cabeza. Luego será la idea del suicidio. Y, al fin, la huída, porque es demasiado cobarde para hacer otra cosa.

Isabel no sabe nada. Ha ido sola al casino y mira sonriendo la silla de la que nadie la levantó nunca para bailar. Pero desde el momento en que sabe la verdad, Isabel calla. Ya no la oiremos hablar nada. No hay palabras para aquello. Su primer pensamiento es también la fuga. «Que no se rían.» Corre a la estación, se para ante la ventanilla donde despachan los billetes. Pero escucha una pregunta extraña: «¿Adónde?» Tras un momento de desorientación, se retira de la ventanilla. ¿Adónde? Es verdad, no hay adónde... El tren se va, e Isabel vuelve sola. Aunque llueve, pasa lentamente por la calle Mayor, pero no por los soportales, no por aquel nido de cotorras. Isabel pasa ante las risas y entra en su casa. Detrás de los cristales vemos su cara anonadada, mientras el reloj de la catedral marca una hora.

¿Qué hubiera hecho uno en su lugar? ¿Y qué hubiera hecho uno en el lugar de Juan? No lo sabemos. Pero Isabel es indeciblemente valiente cuando deja marchar el tren, y vuelve a la ciudad con algo dentro que la envenenará para siempre. Toda nuestra ira ante este drama callado y amargo, impregnado de belleza, no se dirige contra Juan ni contra los gamberros, sino contra la ciudad misma. Contra su casino, su estación, su cine. Contra su calle Mayor.

Esta película es un mensaje contra la dureza humana, contra esa crueldad a veces inconsciente, pero que siempre hace daño. Es verdad que todo está visto de un modo amargo, y muchos dirán que la película cae de lleno en el tópico de la ciudad provinciana de hace cuarenta años. Es el mismo ambiente de *Eugenia Grandet*, de *Madame Bovary* y de algunas novelas de François Mauriac. Más cerca tenemos *La Regenta*. España es un país donde siempre estamos lamentándonos de lo español. De lo que se hace, de lo que se dice. Pero cuando se hace o se dice algo verdaderamente bueno, nos lanzamos contra ello. Tal es el caso de esta película, cuyo contenido se podrá discutir. Pero como película es perfecta. Generalmente, ha sido bien acogida, pero los demasiado «exquisitos» han empezado a pincharla. Se ha dicho que en *Calle Mayor* todo es anacrónico, inactual. Que hoy no se vive así en la provincia, que no exis-

te ninguna Isabel, que las cosas han cambiado... En parte hay aquí algo de razón, pero quien haya vivido—no visitado—uno de estos grandes pueblos podrá juzgar por sí mismo y verá que la película no miente. Es cierto que también hay fábricas en la pequeña ciudad, radios; que el viajar está al alcance de cualquiera. Pero existe, como anquilosado, otro sector, otra alma más triste y verdadera, que es la que nos muestra la película. Nadie va a negar que son las cámaras bien actuales del cine las que han estado allí presentes para retratar un ambiente y unas costumbres: la procesión de las mujeres de Acción Católica, el acontecimiento diario del tren, el paseo inevitable. Que exista esa amargura, esa melancolía, es algo que lleva la ciudad consigo como constitutivo de su esencia. Tengamos en cuenta la forma exterior: las piedras oscuras, los conventos, las calles estrechas y silenciosas; todo eso da necesariamente tristeza, y el hombre posee cierto mimetismo. Por eso, el inadaptado se encuentra allí distinto entre todos, como de otro color. Es el caso de Juan, por mucho que haga por tener amigos. El forastero extraña, si vive, por ejemplo, en Madrid, que el salir con una muchacha dos veces signifique que hay noviazgo. Esto les hace andar con cuidado, y por eso hay muchas Isabeles que se aburren solas y muchas Tonias que esperan de otro modo distinto. Por otra parte, está el tema, no por machacado menos evidente, de las críticas, las murmuraciones, el clericalismo. Esto hace nacer la vida subterránea de los que se esconden para amarse. Si hay algún obstáculo en sus vidas, no pueden andar libres por el paseo, porque en cada esquina hay una cara conocida. Todos saben las vidas de todos. Las familias, ordenadas perfectamente en su clase social, se consumen unas a otras en rencillas, orgullos y competencias ridículas. En ningún lugar como en una ciudad provinciana se separan tanto las clases. En la capital, todos andan mezclados. Pero aquí, a cada grupo parece habérsele señalado el lugar donde tiene que moverse. El grupo a que pertenece Isabel comentará la broma que le hicieron. Esa broma peor que cualquier crimen, y que pasará a las «memorias» de la ciudad como cualquier hecho histórico.

Lo que realmente es discutible es que Isabel sea considerada por todos de un modo despectivo y cruel. En realidad, Isabel no es tan vieja, ni muy fea. Tiene, además, cualidades superiores a la mayoría de las mujeres. Está destinada a hacer feliz a un hombre, pero no a un hombre como Juan. Ese otro no lo ha encontrado, y ella misma nos dice: «misterio». Ese misterio, en

cierto modo, la enriquece la hace distinta. Por ejemplo, la película se llena de poesía cuando la protagonista está sola. Lee en alta voz la entrada de cine: «Butaca... Fila...» Dos trozos de papel que se tiran y que para ella son de un valor inmenso. Luego se mira al espejo y tiene un gesto amargo. Pero se aparta del cristal y sonríe. Su felicidad, en un momento de la película, forma junto al tormento de Juan un dúo que impresiona. Sí; Isabel no merece quedarse sola ya para siempre, con un montón de sueños rotos en su alma. Pero vemos en ella un símbolo muy real, porque la película sería convencional si terminara con un «happy end».

En cambio, la señorita de Trévelez sí merece su destino, y no sé por qué ahora todos se empeñan en volver la vista a este sainete y lo consideran como una obra excelente. Es cierto que hay en la obra de Arniches un fondo que sólo se descubre cuando la risa de la forma externa ha pasado. Pero si Arniches hubiera pretendido hacer algo importante no hubiera escrito *La señorita de Trévelez*. Hubiera escrito *Calle Mayor*.—JOSÉ GARCÍA BLÁZQUEZ.

INDICE DE EXPOSICIONES

RICARDO BAROJA Y DON PÍO BAROJA

En el Museo de Arte Moderno se ha tributado homenaje a la memoria y a la obra de Ricardo Baroja. Como es obligado, por desgracia, cuando se trata de un gran artista, este homenaje ha tenido carácter de póstumo. Con esta característica no se ha interrumpido la costumbre, ya tradicional, de honrar a los grandes artistas después de muertos.

La exposición es excepcional, pues permite contemplar toda la obra del gran pintor en sus más diferentes facetas. Desde el dibujo al grabado, pasando por la mayúscula del óleo, la obra de Ricardo Baroja aparece jugosa, llena de valores plásticos, y plena de valores literarios. No olvidemos que cuando la literatura surge de la pintura y no se hace como antecedente previo o con cuquería daliniana, sin que hablemos de los pobres lienzos que quieren, y nunca podrán, ser literarios, la literatura pictórica es un gran regalo que hace el artista. Claro es que esta literatura plástica no está al alcance de cualquiera, sino de los elegidos. Recordemos que el Greco fué un gran literato, y lo fué Velázquez, y Zurbarán, y Goya, y Regoyos, y Nonell y Solana. Todo gran pintor tiene a su lado una literatura que le acompaña y guía por los vericuetos de la